

en la historia eclesiástica, tratando con objetividad hechos como el de las consecuencias del posconcilio donde fuerzas centrifugas que se habían mostrado tan activas durante las sesiones— el bloque de las conferencias episcopales de Alemania, Bélgica, Austria y Holanda, hicieron problemático el gobierno de la Iglesia.

El «aggiornamento» impulsado por Juan XXIII desató turbulencias inimaginables y contradicciones que caerían sobre Pablo VI, quien debió afrontarlas. Pablo VI es objeto de una gran comprensión y evidente simpatía para el autor, quien pone de manifiesto la delicada situación del Pontífice por la responsabilidad asumida ante la situación general de la Iglesia, en la que muchos obispos entregados a la influencia progresista de los cardenales Suenens, Bea, Alfrink, Frings, etc. cuestionaban abiertamente las prerrogativas papales.

El libro no es una obra teológica cual podría caber en esa reconocida formación del autor, sino un relato informativo y claro en el que desmenuza, sin exhibición de consideraciones personales, el desarrollo del Vaticano II.

Y en opinión personal, si retornásemos al citado adagio de «que por sus frutos le conoceréis», los del Concilio Vaticano II, sus interpretaciones y los del postconcilio, gran parte de dichos frutos han sido de sabor bien amargo para la Iglesia, y aún algunos han resultado próximos a la putrefacción.

Ángel MAESTRO

DUQUE, Aquilino. ALONSO DE LOS RÍOS, Cesar y GRACIA NORIEGA, Ignacio. *Menendez Pelayo. Genio y figura*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2012, 156. págs.

Ediciones Encuentro ha querido sumarse con este libro de ensayos a la conmemoración del primer centenario de la muerte de este español universal, del que manifiesta Carmen Salgado, directora de la Editorial, «Fue el único español que perteneció a cuatro grandes Reales Academias (Lengua, Ciencias Morales y Políticas, Historia y Bellas Artes de San Fernando)». Centenario del que tan poco eco se han

hecho los medios de comunicación en este 2012. La conmemoración de la obra y la influencia de un gigante como D. Marcelino ha permanecido en este centenario no diríamos oculta, pero sí infravalorada frente a los desmesurados comentarios hagiográficos que reciben de los medios informativos tantos autores de tres al cuarto hipervalorados, y cuyo pase al olvido tras unos fulgores efímeros queda garantizado. Pero entre los pueblos que se enorgullecen de haber tenido un compatriota de semejante envergadura no parece figurar el español. No ya la progresía oficial izquierdista, sino la cobardía y complejo de los centro-conservadores han mantenido el silencio políticamente correcto ante el centenario del genio.

Aquilino Duque, uno de los mejores escritores de la España actual, políticamente de total incorrección, luz que brilla en un páramo de mediocridad, incultura y resentimiento, titula su ensayo de modo inequívocamente admirativo por Menéndez Pelayo: «Tres lanzas por D. Marcelino». También es casualidad, expone con su habitual ingenio Aquilino Duque, que el primer centenario de la muerte de D. Marcelino coincida con el segundo de las Cortes de Cádiz, primera o segunda —según se mire— del rosario de Constituciones que en lo sucesivo se infligirían a la nación en la que D. Marcelino data la ruptura de la unidad de creencias de los españoles. Análisis profundo del pensamiento y la obra del gigante santanderino, demoledor de las ideas importadas por los enciclopedistas que sedujeron a los ilustrados y arrebataron a los doceañistas.

Nadie como el sabio polígrafo valoró los momentos cenitales de la cultura española o deshizo los tópicos de un pesimismo resignado. Aquilino Duque señala cómo no deja de ser curioso el entusiasmo con que desde la segunda mitad del siglo XVIII, ciertos españoles abrazan los lugares comunes puestos en circulación por autores extranjeros que, en lo que toca a España y su Historia, desprecian cuanto ignoran. Y la permanencia en plena actividad hoy del razonamiento esgrimido certeramente por Duque relativo a la II República, en plena actividad hoy, de la animadversión al legado de D. Marcelino por los nuevos heterodoxos. El genio que profetizó que rota la unidad católica de España, que era nuestra grandeza y no había otra, se volvería a los reinos de taifas, al cantonalismo de los arévacos y los vetones. Pero aserta Aquilino Duque que, tras la caída del Muro de Berlín, la Historia no es irreversible, y no pierde «la esperanza de que los arévacos y los veto-

nes vuelvan a sus cavernas y las ratas del Mayo francés vuelvan a las alcantarillas».

César Alonso de los Ríos, en un documentado estudio, emprende con razonamientos categóricos el «Rescate de Menéndez Pelayo» advirtiéndole entre ellos la desinformación existente, por ejemplo, sobre su descomunal obra científica, aportando una cita de D. Juan Valera: «Nos desconocíamos antes de él». Y en la representación cultural jefe de filas, escribe Alonso de los Ríos, de Pérez Galdós, Juan Valera, Emilia Pardo Bazán, Clarín... agnósticos todos y todos progresistas, sin embargo ahí están los hechos, tozudos, propios de una personalidad genial.

Alonso de los Ríos señala que Menéndez Pelayo acompleja, y de ahí la cerrazón ideológica y el odio cultural de los krausistas de hoy, y el silencio de los conservadores ante su centenario, y también de algunos católicos de hoy, defensores de la laicidad democrática. D. Marcelino, gran comunicador, que siendo un muchacho de veinte años se relacionaba con Hartzenbusch, Juan Valera y Fernán Caballero. Alonso de los Ríos reivindica el «rescate» de Menéndez Pelayo como genio de las letras españolas con textos en su mayoría de intelectuales progresistas y hasta en el exilio. Estudio concienzudo y bien elaborado con aportaciones fuera de las más habituales en relación con el genial polígrafo.

El tercer estudio a cargo de Ignacio Gracia Noriega va dedicado a «La torrencialidad casi inacabable», en la que de forma rotunda expone que la primera impresión que produce acercarse a la obra gigante de Don Marcelino es de estupor, abarcándolo todo, leyendo los libros más recónditos e inconcebibles «además de todos los referentes a su especialidad profesional, muchos de los cuales hubo de descifrar él mismo, y por si fuera poco, literatura antigua y moderna y tanto literatura científica como amena literatura, y escribió sobre casi todo». Menéndez Pelayo, crítico, prosista, poeta, historiador, pero no sólo historiador de las ideas y de los sucesos, sino historiador del teatro, de la gastronomía. El concepto de Gracia Noriega reviste claridad prístina: «Cuando se lea como escritor sólo, y no como sabio o como ideólogo, será una delicia leerlo». Torrencialidad inabarcable.

Ángel MAESTRO

ÍNDICE GENERAL DEL TOMO LVIII